

da Costa, Ricardo  
El Alma en la mística de San Bernardo de Claraval  
Revista de Humanidades, vol. 17-18, junio-diciembre, 2008, pp. 201-209  
Universidad Nacional Andrés Bello  
Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=321227236012>



*Revista de Humanidades*,  
ISSN (Versión impresa): 0717-0491  
[revistahumanidades@unab.cl](mailto:revistahumanidades@unab.cl)  
Universidad Nacional Andrés Bello  
Chile

# El Alma en la mística de San Bernardo de Claraval

## The Soul in Saint Bernard of Clairvaux's mysticism

Ricardo da Costa

Universidade Federal do Espírito Santo – Ufes  
ricardo@ricardocosta.com

### Resumen

Este trabajo examinará el concepto de alma en la mística del abad Bernardo de Claraval (1090-1153). Para ello analizará extractos de cinco escritos suyos: la tercera *Serie de sentencias*, tres de sus *Sermones Litúrgicos* y la parábola *Las Tres hijas del rey*. El monje cisterciaco hace eco de la tradición platónica para hacer sus comentarios acerca de la importancia del combate de los vicios para preservar la virtud del alma y alcanzar, así, el bien supremo (*Summum bonum*).  
**Palabras clave:** Alma, mística medieval, Bernardo de Claraval, parábolas.

### Abstract

This work will examine the concept of soul developed in Abbot Bernard of Clairvaux's (1090-1153) mysticism. For this purpose, extracts of five of his writings will be analysed: the third *Series of Sentences*, three of his *Liturgical Sermons*, and the parable *The King's Three Daughters*. The Cistercian monk echoes the Platonic tradition in his comments about the importance of fighting against vices to preserve the virtue of the soul and thus reach the Highest Good (*Summum Bonum*).

**Key words:** Soul, medieval mysticism, Bernard of Clairvaux, parables.

*Este artículo está dedicado a mi querido hermano Sidney Silveira*

## I. El socratismo cristiano

El camino de la transcendencia pasaba, de acuerdo con los místicos medievales, por la experiencia interior de raíz fundamentalmente socrática: la reflexión de la interioridad. San Agustín (354-430) había alertado para que no saliésemos de nosotros, para que, constantemente, retornásemos a

nosotros, pues en el interior del hombre residía la verdad (*De vera religione*, § 39). Bernardo de Claraual (1090-1153) bien lo sabía, pues fue un de los socráticos cristianos más insignes de toda la Edad Media (Ramón Guerrero 167). En un notable pasaje de una importante obra suya, *De consideratione* (1149-1152), él reiteró esa máxima agustiniana con hermosas pinceladas ciceronianas (Verbaal 584) inundadas de consideraciones bíblicas:

A te tua consideratio inchoet, ne frustra extendaris in alia, te neglecto. Quid tibi prodest si universum mundum lucreris, te unum perdens? Et si sapiens sis, deest tibi ad sapientiam, si tibi no fueris. Quantum vero? Ut quidem senserim ego, totum. Noveris licet omnia mysteria, noveris lata terrae, alta caeli, profunda maris, si te nescieris, eris similis aedificant sine fundamento, ruinam, non structuram faciens.

Quidquid extruxeris extra te, erit instar congesti pulveris, ventis obnoxium. Non ergo sapiens, qui sibi non est. Sapiens sibi sapiens erit, et bibet de fonte putei sui primus ipse. A te proinde incipiat tua consideratio; non solum autem, et in te finiatur.

Comience tu consideración por ti mismo, no sea que te ocupes de otras cosas y te olvides de ti. ¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si él mismo se pierde? (Mt 16, 26). Por sabio que seas, no posees toda la sabiduría, si no eres sabio para contigo mismo. ¿Y cuánta sabiduría te faltaría? A mi modo de ver, toda. Aunque conozcas todos los misterios (1Cor 13,2), la anchura de la tierra, la altura del cielo, la profundidad del mar (Iob 38,16), si no te conoces a ti mismo, serás como el que edifica sin cimentar (Lc 6, 49) y levanta una ruina, no un edificio.

Todo lo que construyas fuera de ti será como polvo amontonado que se lleva el viento. No es sabio el que no lo es consigo mismo. El sabio será sabio por si mismo (Prov 9, 12), y beberá primero él mismo de su propia fuente (Prov 5, 15). Comience, pues, por ti tu consideración y acabe también en ti. (*Sobre la consideración* Libro II, III.6).

Por lo tanto, para que meditasen a respecto de su “yo”, los cristianos deberían mirar lo más recóndito de sus almas:

Applica intus auditum, reflecte oculos cordis, et proprio discas experimento quid agatur. Nemo enim scit quae sunt in homine, nisi spiritus hominis qui in ipso est.

Aplica el oído a su interior, medita con los ojos del corazón y sabrás, por experiencia propia, lo que se encuentra allí. Nadie sabe lo que

existe en el hombre, solamente el espíritu del hombre que se encuentra dentro de él. (*A los clérigos, de la conversión* III.4).

## II. ¿Qué es el alma?

Para San Bernardo, fiel seguidor de las palabras de San Pablo, a pesar de que el *animalis homo* (hombre animal) no percibe lo que es propio del espíritu, el hombre espiritual puede juzgar todo sin ser juzgado (1 Cor 2, 15). Y, aunque el alma sea magna por ser imagen y similitud divinas, solamente puede sentir en forma de enigma y por espejo en cuanto peregrina en ese mundo (*Tercera serie de sentencias*, 124).

Pero, a pesar de ser peregrina, ella es una maravilla de la Creación (*Tercera serie de sentencias*, 127), tiene afinidad con el Verbo (*Sermón 82*, I.1) y, por eso, su naturaleza es excelente, noble, deliciosa, y aspira a los afectos espirituales (*Tercera serie de sentencias*, 92). El Verbo es imagen –imagen de la Verdad, de la Sabiduría y de la Justicia– y por haber una relación recíproca y de correspondencia entre lo que es imagen y lo que es conforme la Imagen (*Sermón 80*, 2). Dotada de razón y poder para la felicidad eterna (*A cerca del Salmo 90*, *Sermón 4*, 1), el alma es capaz de majestad y de eternidad (*Sermón 80*, III.5). Es razón, memoria y voluntad (*A los clérigos, de la conversión* VI.11); es racional, pero también es irascible y concupiscible.

Constat enim animarum triplicem esse naturam. Unde et sapientes mundi huius animam humanam rationalem, irascibilem, concupiscibilem esse tradiderunt, quam utique triplicem vim animae ipsa quoque natura et quotidiana experimenta nos docent. Porro quemadmodum circa rationale nostrum, et scientia, et ignorantia constat, tanquam habitus et privatio, sic et circa concupiscibile, desiderium et contemptus; et circa id quod dicitur irascibile, et laetitia pariter et ira versatur.

Sabemos que en el alma existen tres elementos distintos. Los maestros nos enseñan que el alma es racional, irascible y concupiscible. La naturaleza y la experiencia de cada día nos confirman estas tres facultades. A nuestro ser racional pertenecen la ciencia y la ignorancia, según nos ejercitemos o no en él; el concupiscible se manifiesta en el deseo o en el desprecio; el irascible en la alegría o en la ira (*En la festividad de Todos los Santos, Sermón 4*, 5).

La Razón, la Concupiscencia y la Ira son tres potencias (o energías) del alma –observe que la filosofía del alma de San Bernardo es tan positiva que la concupiscencia no tiene el sentido de apetito sexual, lascivia, lujuria, pues

carece de voluntad y de deseo, pero deseo de bien. La Razón discierne el bien del mal, y un bien mayor del otro menor, como un mal mayor del menor. La Concupiscencia desea el bien que la Razón discierne, pero la molestia de la carne y el peso del cuerpo la entorpecen. Por eso, la Concupiscencia necesita de la contrapartida de la Ira, quien se enrabia contra esa molestia y peso de la carne, se irrita con el mal y se previene contra él. San Bernardo afirma que las tres virtudes principales –la Fe, la Esperanza y la Caridad– se fundamentan en esas tres energías del alma, y discurre respecto de la relación entre ellas en la *Tercera Serie de Sentencias*:

Fides prima super rationem, quia illud quod anima per rationem discernit, fides credit et credendo confirmat rationem. Dum enim creditur quod discernitur, confirmatur, et etiam per fidem ratio erigitur ad aeterna et invisibilia. Spes secunda super concupiscentiam fundatur. Spes erigitur in anteriora et invisibilia, et concupiscentiam in eadem erigit ac confirmat, ne descendat ad inferiora. Caritas super iram fundatur, ne sit improvida ira vel superbia, cuius unguentum et lenimentum est caritas, quam sic erigit et confirmat.

Hae tres virtutes unum sunt et diversae, unum quia ab uno descendunt et ad unum tendunt, diversae in officiis et effectibus quos faciunt. Et quia ab uno descendunt et unum sunt, habent unum communem servum, timorem scilicet, qui singulis servit et parat locum illis. Secundum quod diversae sunt, unaquaeque suum et proprium habet servum. Sed ille qui est communis praeest et imperat propriis.

Primero la fe, que supera a la razón, porque la fe cree aquello que el alma discierne por la razón; y creyendo confirma a la razón. Si cree lo que discierne, se confirma, y mediante la fe la razón se alza a las realidades eternas e invisibles. La esperanza se asienta en la concupiscencia. La esperanza se encumbra hacia las realidades futuras e invisibles, levanta y confirma a la concupiscencia en aquellas realidades para que no vuelva a rebajarse. La caridad se asienta sobre la cólera, para que no sea desconsiderada o soberbia, y la enaltece y confirma con su bálsamo suavizante.

Estas tres virtudes son iguales y son diversas; iguales porque nacen en la misma fuente y principio y tienden hacia el mismo fin; diversas, por los oficios y los efectos que realizan. Y porque proceden del mismo principio, tienen un criado común, el temor, que sirve a cada una y les prepara su lugar correspondiente (*Tercera Serie de Sentencias* 105).

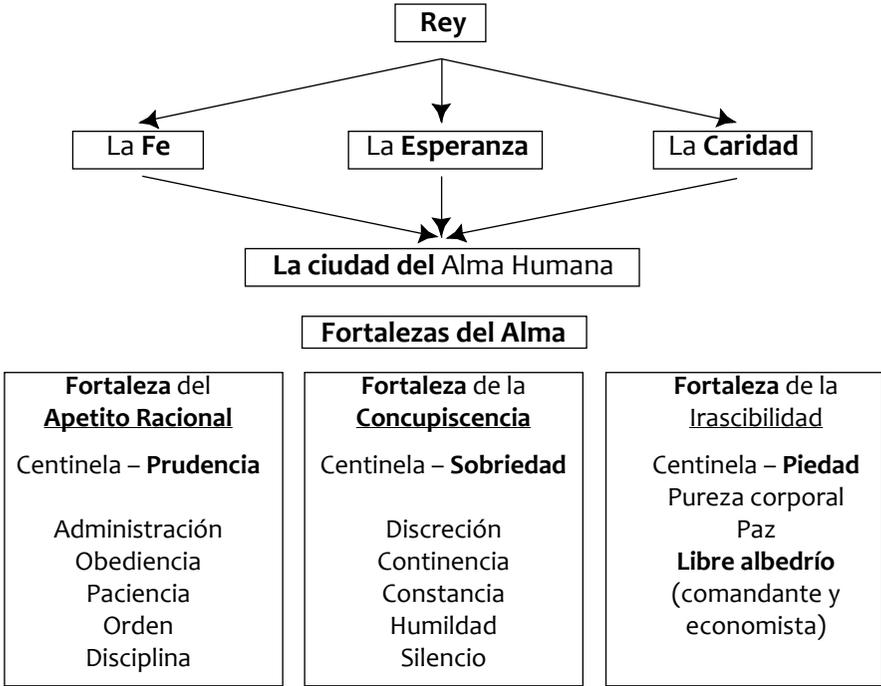
Debido a todas esas esencias y potencias, el alma es la sed de la Sabiduría, que San Bernardo define como el séptimo don del Espíritu Santo, un determinado sabor interno y de gusto muy suave (*scilicet quidam internus sapor, ac suavissimus gustus, Tercera Serie de Sentencias, 126, 7*), amor a la virtud, sabor del bien – y, por eso, la palabra que la designa deriva de “sabor” (*Sermón 85, III.8*) (En la Edad Media, había la convicción de que las palabras contenían la realidad referida, Lauand, s/d). Ella pertenece a la naturaleza angélica, pues, además de dotada de razón, ella es capaz de la beatitud (*En la Fiesta de San Miguel, Sermón 1, 4*).

### III. Las Tres Hijas del Rey

Además de sus *Sermones y Sentencias*, Bernardo de Claraval escribió ocho *Parábolas* con el objetivo de edificar y, pedagógicamente, entretener al oyente cansado. Sus parábolas complementan y enriquecen el contenido de las *Sentencias*, como veremos. Así, en una de ellas, titulada *Las Tres Hijas del Rey*, quizá inspirado por un pasaje del *Salmo 45* (15-16), San Bernardo nos cuenta la siguiente historia: había un noble y poderoso rey que tenía tres hijas: la Fe, la Esperanza y la Caridad. Ese rey confió a ellas una ciudad muy importante, el alma humana (*humanam animam*). Esa ciudad, la *ciudad del alma*, era una de las mejor protegidas de todo su reino, pues tenía tres fortalezas: los apetitos racional, concupiscible e irascible.

Cada hija ocupó su fortaleza correspondiente: la Fe, la primera, la Esperanza, la segunda y la Caridad la tercera. La Fe guió el apetito racional porque “la fe no tiene merito se la razón facilita la prueba de la experiencia” (aquí San Bernardo cita al papa Gregorio Magno [540-604] y su *Homilia in Evangelium*, 2, I). La Esperanza condujo a la concupiscencia, pues no se puede desear lo que se ve, pero sí lo que se espera, y la esperanza de lo que se ve no es esperanza (San Bernardo cita a Rm 8, 24-25: “Porque fuimos salvos con esperanza; pero una esperanza que se ve no es esperanza, pues ¿quién sigue esperando lo que ya ve? Pero si esperamos lo que no vemos, con perseverancia lo aguardamos). La Caridad se impuso a la irascibilidad, para que el ardor de la virtud superase el ardor de la naturaleza o, en otras palabras, para que el ardor natural fuese consumido por el *ardor de la virtud*. Después de esa ordenación, las hijas del rey empezaron a organizar sus fortalezas. La Fe puso a la Prudencia como centinela y, como asistentes a la Administración (*Dispensatio*), la Obediencia, la Paciencia, el Orden y la Disciplina, esa última para que la Maldición no entrase allí.

### Parábola *Las Tres Hijas del Rey*



La Esperanza nombró como centinela a la Sobriedad y, como auxiliares, a la Discreción, la Continencia, la Constancia, la Humildad y el Silencio, para que la Indigencia no entrase. La Caridad convocó a su amiga, la Piedad, que puso a su servicio a la Pureza corporal, la Paz (porque los pacíficos son beatos, Mt 5, 9) y al Libre albedrío como comandante y economista de su comunidad.

Después de dejar todas las fortalezas organizadas, las hijas del rey retornaran a casa de su padre. Sin embargo, surgió un enemigo del hombre (*inimicus homo*, Mt 13, 28) quien, al mirar la prosperidad de esa ciudad, se corroyó de envidia, urdió insidias y quiso entrar. Para eso, corrompió dos de sus principales ciudadanos, la Discreción (en la fortaleza de la Esperanza) y la Administración (en la fortaleza de la Fe). Ese enemigo introdujo todo el ejército de su malicia a través de la puerta de la Racionalidad y de la Concupiscencia. El Libre albedrío fue atado con esposas de hierro y encerrado en un calabozo, y todos los centinelas fueron expulsados de la fortaleza de la Racionalidad. La Blasfemia enfrentó a la Fe y arrojó las contradicciones, inquietudes, aturdimientos (*confusio*), con gran alboroto en todos los tonos,

destruyendo sus bases y reivindicando cualquier capricho. El centinela Disciplina fue asesinado. Con eso, todos podían entrar y salir indiscriminadamente, y “no restó nada de la Razón (*in ratione nihil rationis reliquerunt*)”.

En la Fortaleza de la Esperanza, la Lujuria adentró como dueña de la casa, se señoreó de todo y entregó a la Continencia la concupiscencia de la carne, a la Constancia a la concupiscencia de los ojos (1Ito 2, 16), y a la Humildad la ambición del mundo, para que fuese pisada y despreciada. El Silencio asesinó al centinela, encarceló, desterró y asesinó a la Sobriedad. La Paz, el portero y centinela de la más sublime y excelsa beatitud, fue encaramada al alcázar más alto, y así la Miseria pudo entrar. Altiva, la Soberbia entró en la fortaleza –porque “la soberbia de los rebeldes sube siempre contra tí” (Ps 73, 23)– expulsó a la Piedad y exilió a la Paz y a toda su familia. Así, estaba libre el acceso al Santuario del Señor –el alma:

Iam quicumque vult, sanctuarium Domini ingreditur; quaecumque sancta in eo, quaecumque hactenus tantum filiis Levi accessibilia erant et visibilia, iam profanata, iam direpta ab inimicis, in Babylonem transferuntur, et de vasis Templi concubinis regis Babylonii vinum propinatur. Sic capta est et confusa tota civitas; secundum gloriam eius facta est ignominia eius.

Ya está libre el acceso al santuario del Señor. Los enemigos profanan, expolían y llevan a Babilonia todo lo que en él era hasta ahora santo y sólo accesible y visible a los hijos de Leví; y ofrecen vino en los vasos del templo a las concubinas del rey de Babilonia. Así conquistan y saquean toda la ciudad: Y conforme fue su gloria, así es ahora su ignominia. (*La Tres Hijas del Rey* 5).

Un mensajero fue a informar a las señoras la triste situación de la ciudad del alma. Conturbadísimas, ellas se lanzaron a los pies de su Padre y clamaron socorro. El Rey lamentó todos los acontecimientos y acusó el Libre albedrío de negligencia. Las hijas del Rey defendieron al Libre albedrío y pidieron el auxilio de la Gracia. El Rey respondió que entregaría la Gracia a sus hijas, pero advirtió que el Temor debería acompañarla para preparar el camino. Así, el Temor llegó a la ciudad, empuñando el báculo de la Disciplina. Sin embargo, encontró las puertas cerradas por las cadenas del Mal hábito. La nueva centinela, la Lascivia de la carne, hostilísima, se aproximó a la puerta y vociferó oprobios contra el Temor. Después de un breve instante de hesitación, el Temor quebró las cadenas, abrió las puertas, se lanzó contra la Lascivia y, con el báculo de la Disciplina, la persiguió hasta la muerte. Entonces, empuñó nuevamente el estandarte de la Gracia sobre las puertas

para que todos mirasen su victoria. La Gracia pudo entonces retornar con todo su ejército celeste de virtudes (*Virtutum caelestem exercitum*); llenó a sus enemigos de miedo quienes, aterrados, se fugaron. La Discreción y la Administración, muy arrepentidas, retornaron y rogaron perdón por su debilidad. El libre-albedrío salió de su calabozo y corrió al encuentro de la Gracia del Rey, su señora, convencido que, a partir de entonces, él sería totalmente libre en su reino:

Praeparantur filiabus regis domus suae, et mensae ponuntur congruae. In mensa quippe Fidei panis ponitur doloris et aqua angustiae, et cetera paenitentiae fercula. In mensa Spei panis confortans, et oleum exhilarans faciem, et cetera consolationis fercula. In mensa Caritatis panis vitae et vinum latificans, et omnes deliciae paradisi. Iam regrediantur et epulentur et custodiant civitatem. Sed: *nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam.*

Se preparan las casas para las hijas del rey y se disponen las mesas oportunas. En la mesa de la **Fe** sirven el pan del dolor (Ps 126, 2) y el agua de la angustia (3 Reg 22, 27) con los demás platos de la penitencia. En la mesa de la **Esperanza**, el pan que da fuerzas y el aceite que embellece el rostro (Ps 103, 15), con otros platos consolatorios. En la mesa de la **Caridad**, el pan de la vida (Io 6, 35), el vino de la alegría (Ps 103, 15) y todas las delicias del paraíso. Que vuelvan, coman y guarden la ciudad. Pero si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas (Ps 126, 1) (*Las Tres Hijas del Rey* 6).

Entonces la Paz nuevamente reinó en la ciudad del alma.

#### IV. Conclusión

La transcendencia era, en el tiempo de Bernardo de Claraual, un dado apriorístico de la razón. No solo el principio de todo, mas el mundo, los gestos, las cosas, todo transcendía la materialidad. Platón (c. 427-347) había enseñado eso —el mundo visible a través de los ojos era como una caverna, una prisión, y, el límite de lo cognoscible, la idea del Bien (*La República*, VII, 517b).

En la filosofía del alma de San Bernardo existe inmanencia y transcendencia: inmanencia en el desorden de la concupiscencia, herida por los vicios; transcendencia en la razón, en la capacidad de comprender las cosas. Como Platón (“la facultad de pensar es, al que parece, de un carácter más divino que todo lo demás”, *La República* VII, 518e), San Bernardo con-

sideraba que la razón nos hacía capaces de elevarnos hasta las realidades eternas y invisibles. El alma, purificada por el combate a los vicios, era, por excelencia, el lugar para proyectarse en dirección de Dios. Cuando retornase completamente para sí, el alma descubriría la Verdad –San Bernardo hace eco a Plotino (c. 205-270), quien dijo que cuando el alma se recluyese en la unidad y quisiese ver solamente por sí misma, no se diferenciaba del objeto de su contemplación, que era el Bien, el Uno (Enneadas, VI, 3). Filosofar con respecto al alma y sus potencias era, para Bernardo de Claraval, la más elevada forma de meditación y, consecuentemente, el camino para salir de la caverna, trascender y vislumbrar lo invisible.

Caveamus ergo, dilectissimi, cogitationes inutiles, ut animarum nostrarum facies decora permaneat.

Dilectísimos, evitemos las cogitaciones inútiles, para que el rostro de nuestra alma se conserve permanentemente gracioso.

Bernardo de Claraval, *Sermón 6*, 2.

## Bibliografía

- Lauand, Jean. “Algumas Etimologias de Isidoro de Sevilha”. *Videtur* 25. <http://www.hottopos.com/videtur25/jeanl.htm>
- Platón. *A República*. Porto: Fundação Calouste Gulbenkian, 1996.
- Ramón Guerrero, Rafael. *Historia de la Filosofía Medieval*. Madrid: Ediciones Akal, 2002.
- San Bernardo. *Obras Completas*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 8 volúmenes, 1993-1994.
- Verbaal, Win. “Bernardus Philosophus”. *Revista Portuguesa de Filosofia* (2004): 567-586.